Y volvió el indizuelo. Veloz como los gamos, recorrió las praderas y los bosques, baja la frente y sostenido el paso.

Llegó junto á Atotótzin; se detuvo; hasta el suelo bajó rígido el brazo, y así le dijo con acento dulce que suspiró al pasar entre sus labios.

— « Vi á YACÁNEX, señora; mas he visto á YACÁNEX en vano; oyó mi relación severo y grave y así me habló después, torvo y airado:

— No moriré; mas si en la lid perezco, ¡nada importa! Luchando muere el océlotl en la selva espesa por defender su gruta; van mis dardos á defender mi amor: ¡piensa si puedo dejar la cuerda reposar en mi arco! Y esto al decirme, del carcax, señora, sacó una flecha, y rápido

apuntando á la altura, hirió en su vuelo á un ave que vagaba en el espacio.

Y señalando á Tonatiúh (1), que alegre se alzaba ya sobre los montes altos; — Vete — agregó — y avisa á tus señores que voy tras de tus pasos!

— ¿Y no te dijo más?

—Nada; tan sólo
vi resbalar sobre su rostro pálido
una lágrima enorme, que violento
enjugó con el dorso de la mano.»

XI

La aurora con sus dedos
húmedos y rosados,
va cogiendo los últimos crespones
que en los hondos barrancos,
las siniestras deidades de la sombra,
al escapar ante la luz, dejaron.

⁽¹⁾ Tonatiúh: el sol.

Al viento da su grito melancólico y claro, el caracol sonoro; y en los montes y en el tranquilo llano y en la verde cañada, repercute la bronca nota del guerrero canto.

Uno por uno dejan con silencioso paso, los indios su guarida, y con los rostros siniestros y tatuados, agitando en la diestra el arco combo, se acercan á su jefe. — Ya el penacho

de plumaje sombrío al águila arrancado, en la guirnalda de saúz ondea al matinal halago, sobre la adusta frente de YACÁNEX, que altivo cruza los nervudos brazos.

También rojos, azules, verdes y negros rasgos, surcan la torva faz del chichimeca, como en cielo nublado se ven surcar, en tempestuosa tarde, lívidos los colores del relámpago.

Vuelve en torno los ojos, y sin abrir los labios, señalando iracundo el horizonte entre brumas velado, apresta la macana, el dardo agita, y al frente marcha de sus indios bravos.

XII

Bajaron de los cerros, como torrentes desbordados bajan, las chichimecas hordas en busca de venganza.

No era el amor burlado no más el que las guiaba, era el último esfuerzo, el rudo empuje de moribundas tradiciones bárbaras.

Era que los soberbios vencedores, bajo su fuerte planta, sentían sacudirse poderosas tierras por ellos antes conquistadas. Y las viejas costumbres y el salvajismo primordial, luchaban por vencer á la gente que traía al árbol carcomido nueva savia.

Faz á faz se encontraron; su luz reflejó el sol en las macanas, y en alto los chimallis defendieron las frentes embijadas.

La horrible gritería voló del viento en las robustas alas, y retumbó en las cuevas de los tigres, y despertó en sus nidos á las águilas.

Todo fué horror y espanto; las muecas en las caras eran más expresión de la agonía que gesto de amenaza.

Allí estaba YACÁNEX el primero, eran para él las flechas que arrojaban las enemigas huestes, digno solio para el trono de muertos que escalaba.

¡Qué lucha tan terrible!

Sin tregua batallaban por el pasado y el futuro á un tiempo, raza vencida y vencedora raza.

Y era el amor de un hombre, el que ciego impulsaba una contra otra, como ciego impulsa el mar sus ondas cuando el noto brama!...

XIII

¡Y huyeron los soldados de YACÁNEX!... En confuso alboroto, á sus abruptos montes escaparon buscando abrigo en ellos...

cuando rojo

cayó el sol tras los cerros como chimalli ensangrentado y roto, besó por la vez última á los bravos muertos, con beso largo y melancólico!

¿Murió también YACÁNEX? ¡Nada importa! Allí murió su amor, y duro y torvo allí el destino, con su amor, á un tiempo mató sus sueños todos.

Allí los fuertes indios chichimecas que no quisieron con la sangre de otros mezclar su sangre en vida, la mezclaron en el abrazo del eterno Todo!

Ya nunca, desde entonces, en las noches sin luna, largo y ronco repercutió en las rocas el sonido de su guerrero caracol sonoro.

Ya nunca el teponaxtli (1) de notas huecas y compás monótono, fué con sus ecos, en el antro obscuro á turbar de las fieras el reposo.

¡Quién sabe si las brisas, cuando hicieron pasto de tanto cuerpo generoso, llevaron á Atotótzin en sus alas átomos de YACÁNEX!

Tal vez sólo de su perdido amor y su alegría, de sus horas de ensueño y abandono, el recuerdo le queda, ¡flor muy blanca que el destino fatal tiñó de rojo!

¡Adiós calma, adiós amores!
¡Adiós días venturosos!.
¡El árbol no existe; el ave ha partido;
rodó el yolozóchitl marchito entre el polvo!

México, Septiembre de 1894.



⁽¹⁾ Teponaxtli: tambor de madera.